



Raíces que
caminan
alto

*Memorias de la II Convención Juvenil Zanquera y
de las Artes Populares en Usme – 2025*



CONTE NIDO

03

Raíces que caminan alto,

Por qué se hace esta revista y a quién va dirigida.

04

Dejar huella también es hacer comunidad

¿Qué es la Convención? ¿De dónde viene? ¿Qué busca?

05

Agradecimiento a quienes han caminado con nosotros.

06

El arte como archivo de la vida y como apuesta por la paz

¿Por qué sistematizar los procesos comunitarios y artísticos?

07

Infografía

Sistematizar los procesos comunitarios y artísticos

08

La fiesta como puente entre la escuela y la comunidad.

Crónica
Arnold Soriano

10

Sistematización Taller de Iniciación a la Cultura festiva en Circo:
"Ven... Aprendamos del Circo y los Malabares"

12

Sistematización Taller de Iniciación a la Cultura Festiva en Batucada:
"De Barullos y Montañas"

14

Sistematización Taller de Iniciación a la Cultura Festiva en Zancos:
"Gigantes en Zancos"

16

Un gigante convirtiéndose en brasa
Crónica
Francisco Florido

22

Una Memoria que camina alto
Registro fotograficao
Gabriel sierra
Flipe Jimenez

34-
35

Saberes Compartidos
¿Qué Sigue

RAÍCES QUE, CAMINAN ALTO

Editorial



Entre caminos, zancos, abrazos, cuadernos y montañas, nace esta publicación como un acto de memoria viva. Un ejercicio de palabra y cuerpo, de recuerdo escrito y regalo colectivo. La llamamos Gigantes de la Montaña, porque eso fuimos —y somos— cuando el arte y la comunidad se encuentran para crear, celebrar y transformar.

Este proceso nace desde Usme Proyecto Teatral, una apuesta pedagógica, creativa y territorial, que encontró en la Escuela de Formación Artística y Comunitaria USMEKSAS un lugar fértil para sembrar desde el 2020. En esa siembra nacieron semilleros, encuentros, y también una primera convención. Aquella primera edición nos mostró que el arte comunitario no solo se hace, también se cuida, se comparte y se profundiza. Y por eso decidimos continuar.

La II Convención Juvenil Zanquera y de las Artes Populares, realizada entre montañas y veredas de Usme, es el resultado de muchas manos, saberes y sueños.

Fue un espacio para aprender desde los cuerpos en movimiento, para jugar, escuchar, planear y abrirle lugar a la fiesta como metodología.

Aquí se encuentra lo que fuimos: los talleres de iniciación en cultura festiva, las caminatas, los encuentros de saberes, las entrevistas, las crónicas, los sonidos del tambor y las frases dichas en la noche junto a la fogata. Esta revista es una huella escrita en colectivo. Un puente entre la oralidad y el archivo, entre la ruralidad y el arte, entre la montaña y la ciudad.

Gracias a cada grupo, a cada tallerista, a cada sabedor, a cada joven, a cada aliado. Esta memoria es de ustedes. Y como todo lo que crece desde la raíz, esperamos que germine más alto todavía. Nos seguimos encontrando en el andar.

Nos seguimos reconociendo como gigantes que caminan alto.

Usme Proyecto Teatral

Introducción

DEJAR HUELLA TAMBIÉN ES HACER COMUNIDAD



Esta publicación nace como un acto de memoria viva, una manera de volver al andar y registrar lo sembrado. No queremos que la fiesta, el esfuerzo, el abrazo y el cuerpo en movimiento queden solo en la anécdota. Por eso nace esta primera edición de Gigantes de la Montaña – Raíces que caminan alto, como una memoria escrita de la II Convención Juvenil Zanquera y de las Artes Populares, realizada en Usme en junio de 2025.

Este proceso no empezó aquí. Es resultado del trabajo acumulado de muchos caminos: del recorrido de Usme Proyecto Teatral en aproximadamente una década, del trabajo comunitario de la Escuela de Formación Artística y Comunitaria USMEKAS en 5 años, del impulso de la primera convención juvenil zanquera y de las artes populares en Usme realizada en Semana Santa de 2024, de los talleres de cultura festiva en el Colegio Rural Olarte y de las voces que se han levantado sobre zancos, tambores, circo, el baile y la palabra.

En esta edición se tejieron equipos de trabajo diversos: sabedores populares, talleristas, sistematizadores, líderes juveniles y colectivos de todo el país. Se activaron procesos de iniciación a la cultura festiva en los ejes de zancos, batucada y circo en la ruralidad de Usme, construyendo nuevas formas de formar y aprender desde la raíz. El colegio fue escuela y territorio; la montaña fue aula; el cuerpo, archivo.

La convención tuvo un desfile comunitario, un desfile de comparsas de las agrupaciones que asistieron a la convención, lleno de vida, música, ritmo y creación colectivo y culminó una muestra de saberes que dio nombre y rostro a los grupos participantes. Pero esta publicación no es solo una bitácora de lo vivido: es un acto político y pedagógico, un regalo que compartimos desde Usme para otros territorios y procesos.

Porque no se trata solo de recordar: se trata de que cada grupo de arte popular entienda que su historia importa, que su paso por el mundo deja rastro. Esta revista busca inspirar a otras organizaciones para que también documenten, archiven, narren y construyan su propia memoria viva.

Escuela de Formación Artística y Comunitaria USMEKAS

AGRADECIMIENTOS

A quienes siembran con nosotros el arte popular

Sabemos que...

este camino no se recorre en soledad. Agradecemos profundamente a los procesos que han abierto camino, que nos inspiran y que caminan junto a nosotros. Al Festival Internacional de Zanqueros de Neiva (Huila), a la Convención Juvenil del Circo y las Artes en Campoalegre, Zancos por Bogotá liderado por el Maestro Giovanni Gamboa, al trabajo de Nemcatocoa Teatro en la escena callejera, al inspirador proceso de Piel de Roca, y muy especialmente a la labor de Florecita (Jennifer Pérez) como guía en nuestro encuentro con el circo.

También para todas las agrupaciones y redes que acompañaron este caminar en estas dos versiones:

La Clepsidra, Xisqua, Nemcatocoa, Cabe (Club de Amigos y Amigas del Barrio La Esperanza, Medellín), Zaltacharcos (Quindío), Montebujas (San Gil), Xigun (Manizales), Gaia (Sabana Norte), Corpofestiva (mosquera), Piel de Zipa (Zipaquirá), Circontento (Tocancipá), entre muchas otras.

a la Red Teatral de Usme, a la Red Colombiana de Teatro en Comunidad, a Distrito Zanquero, a la Red Internacional de Zanqueros, a la Granja Sol Naciente en vereda la Requilina y a la finca Villa Valeria por abrirnos sus puertas, a la agrupación OHACA y en especial al Colegio Rural Olarte, a la Junta de Acción Comunal de la Vereda Olarte, a la Junta de Acción Comunal del Barrio La Marichuela, a la Emisora Comunitaria Planeta Tierra, a los equipos logísticos y de cuidado, a la Policía Nacional, la ambulancia, la Subred Suroriente, y a quienes desde San Cristóbal, Santa Fe, Teusaquillo y más allá también han aportado al trabajo de producción y territorio.

el acompañamiento y respaldo institucional de la **Alcaldía Local de Usme y IDARTES**.

Aunque no podamos nombrar uno a uno a cada participante, cada agrupación que hizo parte de esta segunda convención —y también de la primera— lleva consigo la memoria viva de sus integrantes. Este material es para que puedan reconocerse, narrarse y ser visibilizados con nombre propio.

Este documento es el principio de una historia más amplia. Porque quienes hacen arte comunitario también deben dejar rastro. Y nadie mejor que los propios grupos para contar lo que fueron, lo que son y lo que están construyendo.

Esta memoria es de ustedes. Este caminar es colectivo.



EL ARTE COMO ARCHIVO DE LA VIDA

Sistematizar no es solo dejar constancia de lo que se hizo. En los procesos comunitarios, sistematizar es una forma de resistencia, de cuidado, de dignificación. Es detenerse a mirar lo vivido, a entender los aciertos y los dolores, a nombrar a quienes estuvieron y a abrir la posibilidad de que otros procesos aprendan, dialoguen o se inspiren.

Y COMO APUESTA POR LA PAZ

En el caso del arte comunitario y popular, la sistematización se convierte también en un acto estético y político. Porque nuestros procesos no siempre quedan en los libros ni en las noticias, pero sí quedan en la memoria del barrio, en el cuerpo que danzó, en el niño que se subió al zanco, en la mujer que tejió la comparsa o en la abuela que prestó el patio para ensayar. Sistematizar es honrar eso.

Desde **Usme Proyecto Teatral y la Escuela de Formación Artística y Comunitaria Usmekas**, creamos profundamente en el arte como forma de pedagogía para la paz, como lenguaje para sanar los territorios, para construir sentido y para movilizar afectos. En medio de un país como Colombia, con una historia atravesada por el conflicto, el olvido y la desigualdad, el arte popular se convierte en una herramienta viva para transformar el presente. Y si el arte transforma, entonces también debe contarse, dejarse escrito, compartirse.

Porque cuando un proceso se cuenta, se vuelve más fuerte; cuando una comunidad narra lo que vivió, se reconoce y se empodera; cuando una red se lee a sí misma, se proyecta.

Esta publicación —y toda la apuesta por dejar huella desde la sistematización— nace de la necesidad de que los procesos de base no dependan de instituciones externas para ser visibilizados. Somos nosotros quienes tenemos el derecho y la responsabilidad de escribir nuestra historia.

En ese sentido, esta memoria no solo es un documento, es también una herramienta política, una herramienta pedagógica, una pieza de construcción de paz territorial.

Sistematizamos para recordar, pero también para proteger.

Sistematizamos para no empezar de cero cada vez. Sistematizamos porque el arte que no se narra, corre el riesgo de desaparecer. Y en Usme, decidimos que nuestra historia no se borra: se canta, se camina y se escribe.

Sistematizar es tejer lo vivido con palabras. Es sembrar memoria donde antes hubo silencio.

Es dejar rastro con los pies del arte y el corazón de la comunidad.



LA FIESTA COMO PUENTE

ENTRE LA ESCUELA Y LA COMUNIDAD

La Convención no es un festival, no es una competencia, no es un desfile de muestras espectaculares. Es un lugar para reconocernos como seres humanos que, desde saberes en construcción, compartimos, aprendemos y crecemos. Por eso, esta jornada tuvo como objetivo central abrir las puertas de nuestra escuela al territorio, mostrar lo que hacemos y por qué lo hacemos, permitiendo que otras personas se acerquen a la experiencia de la cultura festiva desde la cotidianidad y el arraigo territorial.

El Colegio Rural Olarte, ubicado en la Vereda Olarte, fue el escenario escogido para este primer encuentro.

Allí, en diálogo con docentes, directivos y la Junta de Acción Comunal, construimos una relación de confianza previa, explicando que no llegábamos a imponer una actividad, sino a tejer un puente desde el arte hacia lo educativo y lo comunitario. Esta relación se fortalece gracias a la historia compartida y la presencia constante en el territorio.

El proceso de preparación fue serio, riguroso y lleno de compromiso. Una semana antes, se definió el equipo pedagógico y de sistematización: para zancos, Laurita Ávila, Epon Bonilla y Santiago Sánchez, quien lamentablemente no pudo asistir por lesión.

Para nosotros, fue fundamental, desde el ejercicio mismo de la Segunda Convención Juvenil Zanquera y de las Artes Populares en Usme 2025, plantearnos por qué iniciar con un taller de iniciación en cultura festiva. El proceso que ha venido desarrollando Usme Proyecto Teatral y la Escuela de Formación Artística y Comunitaria Usmekas nos ha mostrado que el corazón de estos espacios ha sido, precisamente, el descubrir la cultura festiva desde el hacer, articulando memoria, territorio e identidad como tres ejes centrales de formación en Usme. Desde allí, zancos, batucada y circo no son sólo disciplinas artísticas, sino formas de encontrarnos, de habitar el espacio, de crear comunidad.



Se pensó en Marcela Zorro como relevo, pero también tuvo una situación familiar que se lo impidió. Finalmente, Arnold asumió el acompañamiento directo en zancos. En circo participaron Eric Contreras (como líder) y Johan Vargas. En batucada, estuvieron Camila, Maka y Julián, quienes desde su experiencia en la escuela asumieron este reto.

A cada equipo se le propuso un formato de sistematización para desarrollar la jornada desde tres voces: la de los participantes, la de los talleristas y la del observador. Se trabajó con planeaciones claras: un objetivo, una introducción, un nudo pedagógico y un cierre simbólico. Estas planeaciones se enviaron a Arnold, quien cumplió el rol de coordinador pedagógico.

El 13 de junio, la jornada inició desde la USMEKASA, nuestro centro de operaciones. Nos convocamos desde las 7:00 a.m. para recoger materiales, asegurarnos que no faltara nada (aunque los festones de zancos se quedaron, algo que luego se resolvió), verificar que todo estuviera listo: pendones, herramientas, vestuarios, botones, stickers, baquetas, tambores, pelotas de malabares. Ya se sentía la alegría de un día distinto, con un clima generoso: después de semanas de lluvia, el sol salió.

Nos acompañaban Gabriel Sierra y Felipe Jiménez, encargados del registro fotográfico y audiovisual, y Planeta Tierra, una emisora comunitaria de Usme. El transporte estuvo a cargo de Don Alex, quien llegó puntual y con su amabilidad de siempre. Llegamos al Colegio Rural Olarte hacia las 8:00 a.m. Nos abrieron las puertas con confianza y amor. Ya habíamos coordinado con la Junta de Acción Comunal el uso de uno de los espacios.

Doña Sonia nos entregó las llaves y se mostró feliz de vernos llegar.

Éramos bienvenidos. A eso de las 8:50 a.m., el equipo se reunió en el patio.

Antes de iniciar con los niños y niñas, hicimos un calentamiento pedagógico y corporal para nosotros. Fue un juego compartido, una activación que nos unió, que nos preparó para la entrega. Luego de esos 10-15 minutos, comenzaron a llegar los estudiantes.

Cada grupo, acompañado por sus talleristas, vivió ejercicios de exploración, de primera toma de contacto, de reconocimiento corporal y de juego.

Fueron procesos intensos, cuidados y pensados para sembrar una chispa. Aunque el detalle estará en la sistematización por áreas, en esta crónica vale la pena resaltar la entrega, la escucha, el respeto mutuo y la emoción que se respiraba.

Al finalizar, se realizó un breve momento de "enfriamiento" corporal, se entregaron los botones y stickers a los participantes como acto simbólico de pertenencia y memoria. Sin embargo, por la hora del almuerzo, los chicos se fueron a sus salones. No hubo un cierre conjunto. Se sintió un vacío. Algo quedó sin terminar.

Y allí, sin planearlo, nació la idea desde Batucada: "¡Y si tocamos algo para despedirnos de verdad!". Camila, Maca y Julián se prepararon. Se sumaron Laurita en zancos, Eric, Johan y Pipe con malabares. Llevamos los elementos al patio central del colegio, el que conecta todos los salones. Sonó el primer repique del tambor y algo se transformó.

Los niños y niñas salieron de los salones, otros se asomaron a las ventanas, los profesores dejaron su almuerzo y salieron al patio. Todo el colegio se convirtió en fiesta.

Zancos caminando entre la gente, pelotas girando en el aire, música vibrando en el pecho. Los niños pedían otra, y otra. Gritaban, bailaban, brincaban. Fue un carnaval espontáneo. Un cierre festivo, emotivo, poderoso. Allí sentimos que algo había cambiado. Que aunque no todos participaron en los talleres, todos se sintieron parte. Nos abrazaron desde las miradas, desde los gestos, desde el reconocimiento. Incluso algunos pidieron fotos, firmaron autógrafos.

Nos ofrecieron una gaseosa, un gesto sencillo pero valioso. Nos sentamos un momento a conversar, a asimilar lo vivido, a entender que lo festivo también es una forma de enseñanza.

Ya de regreso a la Usmekasa, Don Alex nos llevó con calma. Allí hicimos una pequeña retroalimentación del día. Compartimos lo que sentimos como talleristas y como comunidad. Reconocimos que somos más técnicos, que ya no todo es empírico, que lo aprendido en cinco años se manifiesta en cada gesto, en cada propuesta, en cada decisión pedagógica. Y finalmente, recibimos este mensaje del Colegio Rural Olarte, que cerró nuestro día con el corazón lleno:

Queridos Usmekas

Hoy, viernes 13 de junio, fue un día inolvidable gracias a su increíble participación, gracias a su Escuela de Formación Artística y Comunitaria. Su pasión y energía contagiaron a todos los niños, niñas, jóvenes, creando un ambiente de alegría y entusiasmo.

Su dedicación y profesionalismo son verdaderamente inspiradores. Gracias por compartir su talento y pasión con nosotros. Su presencia hizo que este espacio fuera aún más especial para nuestros estudiantes.

¡Mil gracias por todo! Su aporte es invaluable y nos llena de gratitud.

Atentamente,

Colegio Rural Olarte
Somos USMEKAS, Territorio de paz

Este día fue más que un taller. Fue un ritual. Una siembra. Una declaración de confianza, de arte y de comunidad desde la fiesta popular.

Arnold Soriano



TALLERES, DE INICIACIÓN EN CULTURA FESTIVA

Taller de Circo - "Ven... Aprendamos del Circo y los Malabares"

Colegio Rural Olarte - 13 de junio de 2025

Talleristas: Erick Contreras, Joham Vargas

Participantes: 10 niñas y niños de primaria y secundaria

En el marco de la II Convención Juvenil Zanquera y de las Artes Populares, el taller de circo se propuso como un espacio de encuentro entre el cuerpo, el juego y la imaginación. Realizado en el Colegio Rural Olarte, este espacio abrió una puerta para que niños y niñas de diferentes edades explorara el malabarismo y la acrobacia como lenguajes creativos, con sus propios códigos y desafíos, pero también como una experiencia de confianza, cuidado y descubrimiento colectivo.

El taller se inició con una presentación cercana de los objetos de trabajo: pelotas, clavos, aros y otros elementos básicos del circo. La primera parte estuvo dedicada al malabarismo: lanzar, fallar, volver a intentar. Se trabajó la coordinación desde el juego y la paciencia, convirtiendo cada caída de las pelotas en una oportunidad para reír, compartir y avanzar.

Posteriormente, se propuso un trabajo de acrobacia en pareja y en grupo. Allí aparecieron los cuerpos como territorios diversos: niños y niñas con diferentes estaturas, fuerzas, niveles de experiencia y confianza. Ejercicios como "el pie de hierro" o figuras grupales se construyeron desde el deseo y la observación, no desde la presión técnica. Cada gesto fue un pequeño acto de confianza depositado en el otro.



La metodología fue vivencial, centrada en el cuerpo como lugar de aprendizaje y en el juego como vehículo pedagógico. A través de dinámicas lúdicas, los talleristas lograron conectar con el grupo, generar confianza y activar procesos de disociación corporal, coordinación, fuerza y equilibrio. No se trató de imponer una técnica, sino de proponer caminos para que los participantes descubrieran sus propias posibilidades. El ritmo del taller se adaptó al grupo, teniendo en cuenta su energía, contexto rural y experiencias previas. El acompañamiento fue cercano, afectivo, sin jerarquías rígidas.

“Me encantó hacer acrobacias, pensé que no podía, pero sí pude cargar a alguien en los hombros.” – Miguel, 13 años

“Nunca había visto esos juegos. Me gustó lanzar pelotas, aunque se me cayeran, fue divertido.” – Luisa, 10 años

Hallazgos y aprendizajes

Uno de los aprendizajes más potentes fue descubrir que los cuerpos de los niños y niñas, muchas veces condicionados por la rutina o el trabajo, podían convertirse en herramientas creativas y expresivas. El taller permitió resignificar lo cotidiano: un niño que habitualmente carga carne en un matadero usó esa fuerza para levantar a un compañero en una figura acrobática, encontrando en su cuerpo no solo peso y esfuerzo, sino posibilidad estética.

También se aprendió que el error es parte del proceso. En el malabarismo, cada intento fallido se convirtió en una oportunidad para reírse de sí mismos, fortaleciendo el vínculo grupal. El circo, en este contexto, no solo fue técnica, fue transformación.

Dificultades Encontradas

El taller enfrentó varios desafíos. En primer lugar, la relación inicial entre los talleristas y el grupo: al no conocerse previamente, se requirió tiempo y sensibilidad para generar conexión. Por otro lado, el aprendizaje técnico del malabarismo implicó un esfuerzo extra para quienes no tenían coordinación desarrollada.

A esto se sumaron factores contextuales: estudiantes que no habían comido, que venían de trabajos exigentes o que mostraban cansancio.

Sin embargo, estas dificultades fueron atendidas con adaptabilidad y cuidado. La pedagogía no se forzó; se acompañó desde lo humano.

Reflexión final

Este taller de circo demostró que el arte no necesita grandes escenarios para generar impacto. En medio de una escuela rural, en un salón abierto al viento y la tierra, el circo apareció como herramienta de conexión, de juego y de resignificación.

Más allá de lo técnico, el mayor logro fue haber sembrado una vivencia distinta, una posibilidad de mirar el cuerpo y el territorio con otros ojos. Los niños y niñas de Olarte no solo aprendieron malabares o figuras: descubrieron que el arte también les pertenece, que puede habitar su cotidianidad, y que la confianza, el cuidado y el juego también son formas de educación.

Porque en esta convención, el arte se alzó en zancos, se hizo ritmo con los tambores, y también se lanzó al aire en forma de pelotas y abrazos.

TALLERES, DE INICIACIÓN EN CULTURA FESTIVA

Taller de Batucada – “De Barullos y Montañas”

Colegio Rural Olarte – 13 de junio de 2025

Talleristas: María Camila Noriega, Camila Romero Barrera, Julián Jiménez

Participantes: 11 niñas, niños y adolescentes (entre 10 y 15 años)

En el contexto de la II Convención Juvenil Zanquera y de las Artes Populares, el taller “De Barullos y Montañas” se consolidó como una apuesta por acercar la percusión a niñas, niños y jóvenes desde una mirada pedagógica, festiva y comunitaria. El objetivo no fue solo iniciar en la técnica de la batucada, sino sembrar una relación significativa con el tambor como herramienta de expresión, escucha colectiva y presencia territorial.

La jornada se desarrolló en el salón comunal de la vereda Olarte, espacio que permitió disponer el círculo sonoro y de juego con comodidad. Desde el inicio, el grupo mostró timidez y cierta tensión.

Por ello, los talleristas propusieron una metodología lúdica, iniciando con ejercicios rompehielos como “Presi, presi”, que revelaron las distintas experiencias musicales del grupo: algunos manejaban instrumentos de viento o percusión; otros, especialmente dos niñas pequeñas, no tenían contacto previo con la música. Esto marcó uno de los retos del taller: armonizar un grupo con niveles y edades dispares.

La metodología fue adaptada a las necesidades del grupo, privilegiando una pedagogía del cuerpo y la escucha. Se abordaron nociones musicales desde el juego, el ritmo internalizado, el cuerpo como primer tambor.

Ejercicios como “el relojsito” –una dinámica donde cada grupo interpreta diferentes figuras musicales con el cuerpo y rota entre estaciones (negras, tresillos, corcheas, semicorcheas)–, exigieron concentración, ritmo y coordinación. Aunque fue el más complejo, permitió integrar conceptos teóricos con experiencia sensorial. Cada rotación era un proceso de descubrimiento.





Superadas las barreras iniciales, el grupo comenzó a fluir. Al llegar a los tambores, los aprendizajes previos cobraron sentido. Las y los participantes lograron conectar cuerpo y ritmo con el instrumento. Sorprendió la rapidez con la que comprendieron las señales básicas de la batucada: con solo una demostración, captaron los gestos de dirección y fueron capaces de seguir la estructura. Esta fluidez dio paso a la creación de un “tema”, una secuencia rítmica construida colectivamente que condensó el recorrido formativo de la jornada.

Los aprendizajes fueron tan musicales como humanos. El grupo fue asumiendo la escucha no como técnica, sino como valor. El tambor se volvió excusa para construir comunidad desde la coordinación, el respeto y la expresión. La música fue el canal para descubrir que se puede hablar sin palabras, dialogar con ritmo, habitar el territorio con presencia sonora.

Al finalizar, los talleristas propusieron una entrevista colectiva en círculo de la palabra, para honrar el carácter grupal del proceso. Esta conversación recogió voces como la de un joven que dijo:

“Al principio no entendía bien lo del tiempo, pero luego, con el cuerpo, lo sentí. Me gustó que nadie se burlara si uno se equivocaba”.

Hallazgos y Aprendizajes

El cuerpo fue clave para iniciar el aprendizaje musical: moverse antes de tocar ayudó a comprender el ritmo de forma más natural. La escucha se transformó en una práctica social, fundamental para sostener al grupo y acompañar a quienes lo necesitaban. A pesar de las diferencias de experiencia, la disposición del grupo fue alta y se construyó una dinámica solidaria, donde quienes ya sabían apoyaron con generosidad a quienes recién comenzaban.

Dificultades Encontradas

El principal reto fue la diferencia de niveles musicales: mientras algunos participantes tenían experiencia, otros se enfrentaban por primera vez a la percusión, lo que generó ciertos desequilibrios, especialmente en los ejercicios más técnicos.

Además, la transición del ritmo corporal al tambor resultó compleja para quienes no tenían conciencia rítmica previa. Aun así, el equipo logró adaptarse, brindando acompañamiento diferenciado y sosteniendo el proceso con sensibilidad.

Reflexión Final

“De Barullos y Montañas” no fue un taller sobre “enseñar batucada”: fue una jornada de iniciación a la cultura festiva como espacio de encuentro, transformación y alegría. En la montaña de Usme, el tambor dejó de ser un objeto externo para convertirse en una prolongación del cuerpo, un canal de identidad, un medio para habitar el territorio con ritmo y voz.

El taller dejó claro que la música comunitaria no se mide solo por técnica, sino por vínculo. El desafío ahora es darle continuidad a este primer encuentro, abrir más espacios donde niñas y niños rurales puedan explorar su musicalidad, y, sobre todo, donde puedan sentir que tienen derecho al arte, al juego, a la expresión y al barullo que transforma.



TALLERES, DE INICIACIÓN EN CULTURA FESTIVA

Taller de Zancos - "Gigantes en Zancos"

Colegio Rural Olarte - 13 de junio de 2025

Talleristas: Arnold Soriano, Epsón Bonilla, Laura Ávila

Participantes: 10 niñas de primaria y secundaria

En el marco de la II Convención Juvenil Zanquera y de las Artes Populares, el taller "Gigantes en Zancos" se configuró como un espacio inaugural para el acercamiento de niñas de primaria y secundaria del Colegio Rural Olarte a una práctica ancestral y comunitaria: caminar en zancos. El objetivo fue claro y profundo: más allá de la técnica, se trataba de sembrar confianza, equilibrio, y sentido del juego colectivo en quienes, por primera vez, se elevaban sobre estos artefactos festivos y expresivos.

El taller se diseñó desde una mirada progresiva y respetuosa con los ritmos del cuerpo y el sentir de las participantes. Se comenzó con una sesión de familiarización con los zancos: conocer sus partes, aprender cómo ajustarlos y entender las normas de seguridad.

A esto le siguió un calentamiento general que preparó músculos y articulaciones, y luego ejercicios específicos centrados en el equilibrio corporal. El proceso de montaje fue acompañado permanentemente por los talleristas, quienes también promovieron la ayuda mutua entre compañeras, creando un clima de confianza horizontal.

El momento de alzarse por primera vez no estuvo exento de miedo: hubo nervios, vacilaciones, risas nerviosas y caídas controladas.



Pero también surgieron los primeros logros: niñas que nunca antes habían visto un zanco lograron ponerse de pie, encontrar su eje, mantenerse en equilibrio, y finalmente dar pasos tímidos pero decididos. El trabajo fue gradual: desde la marcha asistida hasta breves caminatas autónomas. La motivación colectiva se convirtió en motor: ver a la compañera lograrlo impulsaba a la siguiente a intentarlo con fuerza. Una de las voces que resonó fue la de Xiomara Alejandra Becerra (11 años), quien ya había participado en un taller anterior:

“Tenía miedo a caerme, pero esta vez me fue mejor. Aunque me dio susto cuando mi compañera se fue, logré controlarme. Lo más importante que me llevo es no tenerle miedo a las cosas, sino seguir adelante.”

También Ximena Alexander Calderón (14 años) expresó:

“Lo más difícil fue mantener el equilibrio, pero lo más valioso fue ganar seguridad. Me dolieron algunas caídas, pero me divertí mucho. Me llevo la experiencia de superar mis miedos.”

Hallazgos y aprendizajes

El avance fue sorprendente. En tan solo unas horas, la mayoría de participantes logró caminar en zancos de forma autónoma.

La instrucción sobre técnicas seguras de caída fue fundamental para disminuir el miedo y aumentar la confianza. Se notó una mejora rápida en la conciencia corporal, en la habilidad de sostenerse, y en la disposición emocional a asumir el reto.

Dificultades encontradas

El mayor obstáculo fue el miedo inicial: no solo a caer, sino a exponerse frente al grupo. Algunas mostraron vergüenza o inhibición corporal, una barrera común cuando se trata de prácticas físicas en entornos escolares. Otro desafío fue el tiempo: en una sola jornada, el trabajo técnico y emocional requería alta concentración. Sin embargo, la respuesta fue positiva, y el acompañamiento cercano del equipo permitió que todas avanzaran.

Reflexión final

Este primer encuentro con los zancos evidenció el valor de las artes populares como herramienta de desarrollo integral. No se trató únicamente de “aprender a caminar en zancos”, sino de enfrentarse a miedos, reconocer límites, descubrir posibilidades del cuerpo y fortalecer la autoestima. Las niñas del Colegio Rural Olarte mostraron que, con acompañamiento adecuado y metodologías afectivas, los procesos artísticos pueden ser profundamente transformadores.

El taller dejó claro que elevarse sobre zancos también es un acto simbólico: es desafiar la mirada que encasilla, es decirle al mundo “aquí estoy”, es caminar con otros desde el cuidado y la valentía. Esta experiencia inaugural marca un camino para seguir fortaleciendo los vínculos entre arte, escuela y comunidad, abriendo paso para que muchas otras niñas y niños también puedan descubrir que, a veces, el primer paso hacia lo imposible... es solo cuestión de equilibrio.

CRÓNICA

UN GIGANTE

CONVERTIDO EN BRASA

La esencia de la convención es el intercambio de acentos y técnicas de un mismo lenguaje, con Usme Pueblo como contexto, pero con varios artistas de otros territorios llegando al sur del sur. A dos pasos del Sumapaz. ¿Qué mejor forma de inaugurar el encuentro que dedicarse a caminar por la zona? Los acentos son múltiples como las formaciones pero el lenguaje común es uno: caminar desde lo alto. En zancos.

El territorio abre sus puertas, pero el clima las cierra de un plumazo. El suelo fangoso por la lluvia, el clima y la hora de salida posterior a la acordada no permitieron al grupo llegar a la laguna, como era la idea.

Si la Mapalina, voluble como un gato, no te da permiso de avanzar, no subes. Ella te da permiso o te lo quita y cuando pasa no hay nada que hacer. Se puede intentar desafiar la prohibición de la Mapalina pero en lo personal, no lo recomiendo. Y Arnold lo sabe. Él siempre ha sido un consentido de la Mapalina. En la trayectoria de su escuela artística son pocas – o ninguna en lo que me concierne – las veces en las que el clima le niega ensayar, practicar o presentarse al aire libre. Arnold se lo atribuye a un ritual hecho con una vela, un espejo y un cuchillo. Si me lo preguntan, yo creo que es coincidencia, suerte o capricho de San Pedro, pero nunca le falla. O casi nunca.

Viernes de caminata

“Ayer solo llegamos a la mitad porque la Mapalina se nos vino con fuerza.” Dice Arnold cuando nos encontramos en la puerta de la Granja Sol Naciente. Es sábado del puente festivo de San Pedro y la caminata de apertura en la convención solo llegó a la mitad. Como buenos anfitriones, Usme Proyecto, grupo organizador, se encarga de presentar el paisaje de su territorio a las otras agrupaciones asistentes. Si tomamos como referente al distrito capital, todas las agrupaciones bogotanas vienen de periferias distintas. Pero también las hay del departamento y más allá.



Ya van dos veces que trato de subir a la laguna. La primera me la impidió tremendo aguacero.”

Lastimosamente, el día de la caminata, San Pedro en su puente festivo, la Mapalina, el Ideam, la nada, la magia, la divina providencia, la humedad del aire o lo que sea que controle el cielo se disgustó con los zanqueros. Digamos que por lo menos se aburrió de ellos. Los dejó avanzar pero solo hasta cierto punto. Como cuando la dueña de casa no lo deja pasar a uno de la sala para no ensuciar los cuartos. Lo cual no impidió que se disfrutara de la experiencia. La productora de Idartes puede dar fe, me dice Alex, quien me guiará a la entrada de la Granja al día siguiente a la caminata. Acompañó al grupo, les siguió el ritmo a pie y los acompañó hasta el final.



Irónicamente, vino desde Toberín hasta Usme Pueblo, compartió la experiencia con el grupo, miró la Mapalina a los ojos y justo después de cruzar la verja, al momento del regreso, se tropezó en el paso más sencillo. De todo eso me perdí, me cuentan Arnold y Alex.

Y yo que me sentía un héroe llegando desde la 100 con Suba al día siguiente con la dulce promesa del desayuno en Usme Pueblo a las 8. Al lado de la productora de Idartes, yo soy simplemente un aficionado. Pero este aficionado no quiere que se le incumplan sus promesas, así como tampoco incumple sus propias citas.

Un chocolate con pan me espera el sábado a las 8 de la mañana y no sé si encomendarme a San Pedro en su día o a la Mapalina.

Sábado de San Pedro

Los fines de semana en el Parque de la Virgen suelen estar llenos de vida vegetal, humana y animal. De mañana antes de las 8 solo están abiertos algunos negocios, panaderías y chazas. La gente suele reunirse a desayunar en las panaderías mientras de fondo, como es costumbre, se escuchan los mismos cuentos de los hermanos Grimm televisados desde hace 30 años y aún, con la promesa del desayuno que me impulsó a cumplir mi compromiso, no pude evitar comprarme un pastel de pollo.

En la esquina del parque estaban Gabo y Alex tomando tinto y casualmente, me vieron llegar. A pesar de tener aspecto, ropa y cabello diferentes, son padre e hijo. El tono de voz suave y pausado los delata.

No era nada difícil llegar a la granja Sol Naciente, mucho menos ahora que ellos me podían acompañar a la entrada, donde estaba Arnold, con quien ya me había comunicado al llegar al portal.

Cumplida la sagrada promesa del desayuno, era momento de trabajar. La Granja del Sol Naciente está compuesta por una casona rústica y bella de madera y ladrillo, rodeada de flores y pintada de verde y naranja. El terreno tiene una curiosa pista de obstáculos, un corral de animales pequeños entre pollos, gallinas y conejos, el comedor comunal, un laguito, algunas cabañitas, un templete redondo como un quiosco y una piscina de pelotas en la que no se ahogaría un bebé. Quien no estaba desayunando, jugaba fútbol o hacía malabares con las clavos. La jornada comenzó con un llamado a cada grupo y un calentamiento comunal previo.

Los barrios de Usme se usaron para nombrar a cada uno de los grupos de trabajo que se ubicaron al aire libre, en el comedor, en el templete y, como ya es costumbre con los Usmekas, en el Parque de la Virgen, que posteriormente pasaría de estar en silencio a llenarse de transeúntes, equipos de fútbol, grupos de cadetes, vendedores, perros callejeros y una que otra vaca.

Desde la cancha de fútbol se podían ver los cerros, algunos barrios y la Mapalina caprichosa tapaba las cumbres con niebla. La fiesta de San Pedro no estaba solo en el calendario: también en el cielo. Si el casco urbano bogotano tiene un clima impredecible, Usme puede tener las cuatro estaciones de los hemisferios en un cuarto de hora. Pero la vela de Arnold siguió cumpliendo su efecto, contra todo pronóstico científico.

Creo que voy a dejar de preguntarme cómo funciona o si se trata de una coincidencia prolongada.

Como dicen en los entrenamientos de fútbol, equipo ganador no se cambia. Las estaciones – no climáticas, sino de trabajo – estaban distribuidas en grupos mixtos de anfitriones e invitados para cumplir con la esencia del intercambio. Tres a cielo abierto y dos bajo techo; dos en la granja y tres en el parque; uno desde la discusión acerca del detonante, dos desde la técnica, uno desde la mitología y uno desde el juego. Todos alrededor de los zancos, el territorio y la memoria, con el cuidado del cuerpo como constante. Alfonso López, Santa Librada, Usminia, Marichuela y Tocaimita. Desde los nombres, su flora y sus habitantes, el territorio se reivindica.

El objetivo principal – el pretexto - es realizar una muestra final. Los objetivos colaterales – a largo plazo más importantes - son el intercambio de saberes, experiencias y acentos del lenguaje. Los anfitriones, por su parte, eran observadores y participantes a la vez. Parte de ellos estaban enfocados en un solo grupo. Otros tuvimos la fortuna de poder movernos entre estaciones. O tal vez la mala fortuna. Depende de cómo se mire. La ventaja de verlo todo desde afuera es no perderse de nada. La desventaja es perderse de todo por no aportar desde la creación.

Es como ir a un a fiesta y ser el único que no baila. Santi, lesionado en medio de una proeza futbolística, se dedicó a observar desde afuera a un grupo, a pesar de sentir el deseo de estar desde adentro.

De todas formas, le metió todo el empeño al registro y sistematización de su grupo. Por cada indicación, Santiago daba un paso atrás y desde su celular reinterpretaba en voz alta la indicación.

Aquí no hay principio de incertidumbre como en la física cuántica (burdamente entendido por quien escribe y a duras penas recuerda la tabla del ocho.) . El observador no teme cambiar la experiencia observada como en la doble rendía, mucho menos cuando el combo de Usme está habituados a ensayar al aire libre. Teatro de calle, al fin y al cabo. De hecho se pregunta cómo cambiaría él mismo si pudiera participar en lugar de observar.

El observador agarra frases y momentos de los que se apropiado descaradamente y con placer.

Pasa por una estación para robarse el “un árbol no piensa que lo es”, se asoma al comedor para buscar en la experiencia un detonante, sale a tomar sol para escuchar que el zanquero en su vida pasada fue un gigante y aspira a serlo de nuevo, camina hasta el parque para conocer un concepto de “involución” para desechar la primera idea y finaliza en medio de un juego de fuerza en el que la estrategia del actor puede ser la misma del contendiente.

El camino del observador puede repetirse durante varios circuitos hasta que le dan ganas de almorzar y en medio del hambre, se le instala la más contundente frase en la cabeza con la cual titulará este texto: “Si yo fuera árbol, a mí que me talen para hacer asado.”

Los dos bloques de la jornada están marcados por una cantidad de cambios de clima y de nubes en el cielo, intercalados por convivencias con los demás compañeros. Es gracioso que desde que comencé esta crónica, lo que más me ha movido es la idea de la comida, bebida y hambre.

La tarea que se me asignó es hacer parte de todo y a la vez de nada. Observar sin interrumpir pero indagar. No soy dado a conectarme con las personas. La batería social, si es que tal cosa existe, se me agota abruptamente. Pero al igual que el año pasado, me encuentro prendiendo fuego y compartiendo aguapanela con los zanqueros. Y en medio de ese encuentro fugaz mediado por cucharones, humo, quemaduras y aguapanela, entiendo por qué me gusta la comida.



Porque aunque la mayoría de las veces me toca comer solo, los únicos momentos genuinos de encuentros con el otro tienen que ver con compartir algo de comer o beber.

Yo también quisiera ser asado y hoguera si fuera árbol. Sería hermoso volverse humo y ver el mundo desde lo alto. No soy zanquero y no fui gigante. Ni siquiera árbol. Pero si fuera hoguera, sería humo y volaría.

Domingo de Sol Naciente

Cuando me desperté noté de inmediato un nubarrón gris alrededor de todo el lugar y un gato que se colaba en todas las habitaciones. El clima estaba frío pero delicioso, como suele suceder de madrugada en los alrededores de la sabana de Bogotá. Mi comodidad me habló al oído y me dijo “Si está lloviendo, no habrá actividades al aire libre. Fresco.” Y me volví a dormir, suponiendo que eran las 10.

Mi celular estaba descargado y el gato tenía frío. Después de un rato, desperté en un ambiente distinto. Todo estaba soleado, el gato se había ido y la gente seguía durmiendo. El despertador no sonó y sorpresiva mente eran las 7.

La rutina se repetirá . Los grupos se dividirán, se ubican en zonas similares y listo. A trabajar. Por mi lado, ese mismo día, me dispongo a escribir este texto. “¿Y sumercé ya tomó tintico? ” escucho que me preguntan. Es la profe. La administradora del lugar o, mejor dicho, nuestra anfitriona.

Le digo que no y me invita a la banca frente a la cocina. El gato que durmió conmigo está en la banca junto con otro. “¿Son de la misma camada?” pregunto. “No, señor. Son madre e hija. Estos gaticos están aquí desde el principio. También los conejos, las gallinas, los patos del laguito, los potros y hasta cabras habían. Si no es porque recuperamos este lugar, se nos hubieran muerto de hambre los animalitos.

La profe es una señora de mediana estatura, pelo rubio y ondulado y gafas de esas que se oscurecen con el sol. Tiene, por una parte, un espíritu emprendedor que casi raya con lo quijotesco. Ella misma me cuenta que nada de lo que veo ahí -refiriéndose a los muebles, senderos y pistas de destrezas - fue comprado.

Una gran parte de todo lo que hay dentro de la Granja Sol Naciente fue hecho y recuperado desde los mismos escombros que habían quedado desde que la última propietaria abandonó el lugar a su suerte. Por otro lado, la profe tiene también una enorme afinidad por los proyectos culturales y artísticos. La mezcla de estas dos visiones dio como resultado la Granja del Sol Naciente. En palabras de la misma profe, un pedacito del campo en la ciudad.

Al llegar la hora del desayuno, la profe y los organizadores nos invitan a pasar al comedor. “En un ratito estoy con sumercé” me dice y se va a coordinar por todos lados a varios empleados y a su familia, quienes muy amablemente nos han atendido y preparado comidas por estos días. No nos veremos hasta después del almuerzo. La profe tiene muchas cosas que hacer y, como era de suponerse, el ratito se extiende hasta las tres de la tarde, cuando el trabajo ya no está tan pesado. Mientras tanto, los grupos se van a seguir con sus actividades. Yo también, no sin antes bañarme con un agua más fría que las piedras que forman los senderitos de la granja. Frío. De acuerdo. Pero me despierta más que cualquier café, hoja de coca o vive 100. Ahora sí. A trabajar.

Luego de que los grupos vuelvan a almorzar, la profe me ofrece otro café: el segundo más delicioso de la jornada. (Del primero hablaré el día siguiente.) “¿En qué estábamos?” “En los anteriores dueños del terreno”. El terreno, antes adquirido por otro profesor, fue arrendado a una funcionaria pública de la localidad durante la pandemia. La funcionaria en cuestión usaba el terreno para tener fiestas y asados, sin tener cuidado por el terreno, los inmuebles y mucho menos, los animales. La profe llegaría después de que la funcionaria (mejor llamarla así para evitar líos) dejara de usar la granja como su finca de recreo.

“Aquí hemos traído todo tipo de grupos. Que los alumnos de tal colegio, que los de tal universidad para las integraciones, que los de la tercera edad, que los muchachos que le enseñan artes marciales a los niños, incluso a ciclistas y a deportistas les hemos abierto las puertas. Son gente que se va a los Soches y regresa aquí a pasar la noche. Pero este es el primer grupo artístico que recibimos, lo cual me pone muy contenta.”

La profe tiene formación artística y también es muy afín a Arnold y a Moly , quienes encabezan el proyecto de la convención. Si uno mira el grupo de personas con las que Arnold se formó en Bogotá durante su pregrado, encontrará muchos nombres de amigos y conocidos de la profe.

“Nuestra granja hace recorridos por grupos, como en circuito. Primero tenemos allá al fondo una huerta de frutas, hierbas aromáticas y plantas para los animales. Les explicamos técnicas de sembrado y de riego.



Aquí al lado, en esas canecas les enseñamos a hacer compostaje. Después de eso, junto a la canchita de fútbol está nuestro salón." La profe me cuenta que la granja no solo se dedica a la realización de actividades agrícolas, sino que también hay encuentros de integración y dedicados a charlas psicosociales entre los mismos asistentes.

"Aquí está nuestra pista de destrezas. Antes de abrirlas, le cuento, yo las probé todas." La pista de destrezas está formada por una pequeña pista de obstáculos que los invitados hacen con los ojos cerrados, un puente tibetano que cruza un laguito al cual se caerá uno de nuestros entusiastas zanqueros, un túnel por el que se puede pasar a gatas, una liana estilo Tarzán que pasa sobre un laguito en el que se oyen de noche ranas y un extraño balancín. El componente de educación física está presente.

El circuito finaliza con una maloca en forma de quiosco. Existe también un componente espiritual en todas las actividades llevadas a cabo. Para cuando la charla finaliza, los grupos comienzan a regresar de sus actividades. La profe regresará a su casa, no sin antes, invitarnos a otra olla enorme de aguapanela con frutas de la huerta. Deliciosa, dicho sea de paso.

Lunes festivo, de festejo.

No hay nadie en el parque de las parabólicas en la Marichuela.

De pronto dos o tres personas que tengan que pasear a sus perros o comprar lo que haga falta para el desayuno en la mañana. Solamente estamos los encargados de logística del evento.

La cancha de microfútbol es testigo de lo que significa un fin de semana largo y festivo en todo el sentido de la palabra. Hay que comenzar por barrer lo que quedó de la fiesta: las botellas de vidrio. Mientras tanto, pienso la diferencia entre el talado, el linóleo y el cemento, que viene siendo la misma que la sala y la calle o que el teatro comercial y el comunitario. Tres carpas rojas y amarillas están ya instaladas para cuando los artistas están por llegar. Bajo ellas, parlantes, consolas, micrófonos y algunos efectos personales para comenzar a trabajar.

Los artistas ya vienen. Llegaron hace algunos minutos en el bus y están poniéndose sus vestuarios, maquillajes y zancos. Los brigadistas, los vigilantes y nosotros estamos listos. La comparsa está a punto de comenzar.

El espectáculo está musicalizado por la batucada de la escuela Usmekas. Ya nos han hecho bailar varias veces desde que estamos en la convención. La cena que remataron con música y penumbra medio iluminada por los celulares de los dos o tres que grabábamos pero no nos animábamos a bailar fue uno de esos detalles hospitalarios que acogen el corazón. Aún cuando no se baile muy bien.

Pero incluso desde lo hospitalario hay detalles que, si bien son un poco más pequeños, pueden calentar un poco más el corazón. Yo me siento enérgico ese día. Dispuesto a quemarme un poco por más capas de bloqueador lleve encima. La falta de melanina, en ese aspecto, es una maldición. Pero fuera de eso, esa misma mañana obtuve mi energía de un pequeñísimo pero significativo ritual que no estaba en el cronograma.

Cuando nos preparábamos para ir al parque de las parabólicas, los integrantes del grupo Xisqua nos llamaron a su cabaña y nos ofrecieron un café delicioso, preparado en V60, con una pequeña estufa eléctrica.

"Fue el primer café de ese fin de semana en el que no había una sola brizna de dulce, sino un amargo contundente, seco y delicioso capaz de poner firme de un sorbo a un caballo. Fuerte pero casi como un abrazo o una bocanada de aire. Los mejores rituales son los que no están preparados.

Volvamos a la comparsa: Después de recibir suficiente bloqueador como para casi nadar en el (de todas formas me quemé) arranqué a mi misión que era cubrir la retaguardia del desfile.





Además de la cantidad de calles, declive, negocios, vías pavimentadas y sin pavimentar, etc, por las cuales el grueso del desfile caminaba y en zancos, me sorprendió ver cuánta gente lo miraba como si fuera un espectáculo que jamás hubieran visto.

De las ventanas de las casas salían personas a mirar cuál era el escándalo y prácticamente podían saludar de mano y de frente a los zanqueros.

Los zanqueros interactuaban con los transeúntes más indiferentes y los más dispuestos. Desde baile hasta salto de lazo era lo que se hacía. La comparsa puede ser la reina de la calle, pero los gigantes alegres y coloridos son capaces de entrar hasta en las tiendas a invitarte a mirar. Si tienes mercado, te lo cargan por unas cuadras.

Si estás aburrido, te invitan a saltar lazo. Y si estás cansado, tranquilo. Con una foto o un beso basta. A estos gigantes nada les asusta. Ni los perros, ni los pitos de los carros, ni los gritos de los niños, ni mucho menos los buses.

Es más: si los buses van cuesta arriba, son los primeros que te ayudan a empujar. No le tienen miedo a la parranda y al amor, pero son zanqueros. Tampoco le temen a levantarse las mangas y trabajar un poco.

Yo ya tenía el tono rojizo de un carbón en brasa cuando la comparsa completó el circuito desde el mismo parque del que había salido, pero estaba demasiado ocupado como para resentirlo. Cuando me suba al bus, en el momento en el que el cielo se oscurezca, no por las nubes, sino por la hora, lo advertiré y tendré un par de horas para lamentarme de lo mucho que me arden los brazos.

Pero no en la presentación final. La síntesis del trabajo expresas por un lado, pero tremendamente intensivo por el otro, se vio reflejada en ese parque. Dianita y Alex, maestros de ceremonias de la presentación juntaron todas las escenas al mejor estilo de un clásico de la ciencia ficción de los 90 en el que sabemos que la libertad está fuera de nuestro alcance, pues la realidad está escondida tras un velo. Sí. Ese clásico de las píldoras rojas y azules. Sin miedo lograron conectarlo todo y lo improvisaron con la energía de la comparsa que acababa de llegar.

Es impresionante cómo la creatividad se expande como una mancha de aceite o como lo que queda de un globo de pintura que cae al piso. Los puntos de partida de las escenas fueron dados por los nombres de los barrios y la mezcla de los grupos. Pero los temas se extendían desde el centro a cada una de las puntas de esas manchas de aceite o pintura.

Detrás del barrio había una historia campesina, o una persona padeciendo por su neurodivergencia, o una semilla que se convertía en árbol, o un animal, o un espíritu, o un baile, o una tradición indígena olvidada, o un ritmo de percusión. Y lo más extraño de todo era que nada se sentía ajeno. El parque de la Marichuela era lugar y el momento para ver cómo esas estrellas con nombres de barrios de la localidad explotaban.

Era el momento para ver sus ecos como humo de un árbol que se asa, o como residuo de una experiencia irrepetible. Los ecos del trabajo seguirían resonando en el futuro, porque aunque ya hayan acabado las presentaciones, queda la comunidad y el vínculo, como si fueran ondas de una explosión. No iban a quedar las carpas montadas, ni las pinturas en la cara de los gigantes, ni el eco de las batucadas, ni el agua lluvia de la Mapalina sacada a golpes de escoba, ni los aplausos, ni mucho menos, las quemaduras bajo el sol. (Gracias a Dios.) Quedaba memoria de la experiencia y la sensación única de haberla vivido. Cuando todo finalizó, no me quedaba más energía, pero sí calor.

Me subí en un bus hasta el portal porque me quedaba un camino largo por caminar. Nunca mejor usada esa palabra. Y con los pies que me latían como corazones de elefantes y la piel roja como camarón me devolvía sintiendo un calor por dentro. Ahora soy una brasa. Por varios días fui madera en llamas y fui humo que llega al cielo. Ahora soy un trozo de brasa que busca un lugar dónde descansar y dormir, mientras me queda el eco de la experiencia.

Francisco Florido



Una Memoria que Camina Alto

En los procesos comunitarios, especialmente aquellos marcados por el arte y la acción colectiva, la memoria no solo se archiva: se camina, se canta, se danza, se eleva sobre zancos. La II Convención Juvenil Zanquera y de las Artes Populares en Usme 2025 fue un ejemplo vivo de esto. Durante cinco jornadas de creación, intercambio y territorio, la imagen cumplió una función más allá de lo documental: construyó una narrativa viva de lo que somos, de lo que soñamos, y de lo que nos resiste.

Un reportaje fotográfico y gráfico, cuando nace del respeto por el proceso y la sensibilidad hacia los sujetos retratados, no es solo un registro: es una forma de investigación visual y etnográfica. En esta convención, donde los cuerpos se alzaron sobre zancos, los ritmos de batucada cruzaron calles, y los saberes se tejieron en círculo, cada fotografía fue un acto de reconocimiento.

Las cámaras acompañaron desde la caminata por la vereda Soches hasta la Muestra de Saberes en la Marichuela. Estuvieron presentes en los amaneceres de la Finca Sol Naciente, en los ejercicios íntimos de los talleres, en los momentos de cansancio, en los juegos espontáneos y en los abrazos colectivos. Ese acompañamiento visual permitió que el proceso no se disolviera en la fugacidad del evento, sino que se convirtiera en memoria colectiva compartida.

La imagen fija y el diseño gráfico permitieron articular no solo lo que se hizo, sino cómo se vivió. La mirada de los fotógrafos y diseñadores —como parte del equipo— ayudó a traducir estéticas comunitarias: los colores de los trajes, las texturas de la tierra, la arquitectura barrial, los rostros diversos. Cada detalle visual es también un fragmento de historia barrial, de identidad juvenil, de pedagogía artística y comunitaria.

Por eso, el reportaje fotográfico es también un método de sistematización: nos devuelve preguntas, nos interpela desde la mirada. ¿Qué cuerpos se visibilizan? ¿Qué territorios se muestran? ¿Qué historias se cuelan entre luces, encuadres y movimientos?

En contextos como el de Usme, atravesados por tensiones sociales, desplazamientos, resistencias culturales y organización barrial, la fotografía puede ser también una herramienta para construir paz, desde la visibilidad de lo que florece en los márgenes. El lente recoge no solo acciones, sino apuestas: por una juventud que no solo resiste, sino que crea; por unos barrios que no solo padecen, sino que imaginan; por una comunidad que no solo recuerda, sino que proyecta futuro.



Taller de Iniciación Festiva / Circo, Botucada y Zancos

Colegio Rural OLarte

Foto: Gabriel Sierra



Zancosenderismo

Usme Rural

Foto: Gabriel Sierra



Encuentro de Saberes

Usme Rural

Foto: Gabriel Sierra



Encuentro de saberes

Usme Rural

Foto: Gabriel Sierra



Zancosenderismo

Usme Rural

Foto: Gabriel Sierra



Zancosenderismo

Usme Rural

Foto: Gabriel Sierra



Zancosenderismo

Usme Rural

Foto: Gabriel Sierra



Muestra de saberes

Alfonso Lopez

Foto: Gabriel Sierra



Muestra de saberes

Usminia

Foto: Gabriel Sierra



Muestra de saberes

Marichuelo

Foto: Gabriel Sierra



Muestra de saberes

Tocaimita

Foto: Gabriel Sierra

SABERES COMPARTIDOS



En la montaña, entre caminos de tierra y sonidos de tambor, los saberes se sembraron desde la experiencia, no solo desde la técnica. Aprender a caminar en zancos, tocar un tambor o explorar el cuerpo a través del circo fue un acto colectivo de memoria, entrega y celebración.

Durante la II Convención Juvenil Zanquera, los talleres fueron laboratorios vivos. Más que clases, fueron espacios de juego, escucha y transmisión entre generaciones.

En la batucada, el ritmo fue lenguaje común. Activó cuerpos, unió voces y enseñó a resonar en colectivo.

El circo despertó la confianza a través del juego, el error y la expresión. Malabares y equilibrios revelaron nuevas formas de relacionarse.

Y en los zancos, se elevaron cuerpos y miradas. Cada paso fue sostén mutuo; cada caída, un aprendizaje compartido.

Estos lenguajes —ritmo, juego y altura— abrieron caminos para una pedagogía festiva, popular y comunitaria. Se compartieron dudas, logros y vínculos que siguen latiendo.

Hoy cerramos esta etapa sabiendo que los saberes no solo se enseñan: se viven, se cuidan y se celebran juntos.

¿QUÉ SIGUE?



¿Qué sigue cuando la montaña habla?

La II Convención Juvenil Zanquera y de las Artes Populares no termina en estas páginas. Lo vivido en Usme fue más que un encuentro: fue una siembra de posibilidades. Desde la sistematización, entendemos que lo que aquí ocurrió no es solo archivo, es semilla. Una semilla que exige cuidado, diálogo, retorno.

¿Qué aprendimos?

Que el arte popular no se enseña desde arriba, se gesta en la horizontalidad de la escucha, en el cuerpo compartido y en el juego serio de caminar juntos. Aprendimos que la montaña no es solo escenario, sino maestra. Que los procesos juveniles florecen cuando se vinculan con el territorio, cuando el saber se comparte entre generaciones y cuando se habilita la palabra.

¿Qué sigue?

Sigue el reto de sostener este impulso. De no dejar que la convención sea un momento aislado, sino parte de una continuidad territorial. Sigue el deseo de fortalecer las escuelas de formación autónoma, de crear redes reales que no solo se encuentren en festivales, sino que tejan complicidades para la vida.

¿Cómo soñamos una tercera convención?

Más larga. Más local. Más descentralizada. Que recorra veredas y barrios, que involucre aún más a procesos rurales, que articule otros lenguajes del arte popular: El circo, la danza, la música, el teatro.

Una tercera edición que no repita fórmulas, sino que se permita transformarse y transformarnos. Donde los jóvenes no solo participen: lideren, propongan, cuestionen.

Este es apenas un capítulo. Lo que viene es el desafío de seguir contando(nos), sin perder el asombro.



Créditos

Este documento fue producido por el equipo sistematizador de la *II Convención Juvenil Zanquera y de las Artes Populares* con participación directa en el proceso de campo, acompañamiento metodológico y registro de experiencias.

Equipo de sistematización:

Coordinación general: Usme Proyecto Teatral

Sistematización narrativa y pedagógica: [Nombre si quieres incluirlo]

Edición de contenidos: Escuela de Formación Artística y Comunitaria USMEKAS

Diseño gráfico y maquetación: Yulith Martínez

Fotografía y video: Equipo Gabriel Sierra

Archivo sonoro y entrevistas: Latitud 360° y Emisora Planeta Tierra

Con el apoyo de:

Alcaldía Local de Usme

IDARTES

Red Teatral de Usme

Distrito Zanquero

Red Internacional de Zanqueros en Comunidad

Finca Sol Naciente

Colegio Rural Olarte

Junta de Acción Comunal Vereda Olarte

Junta de Acción Comunal La Marichuela

Subred Suroriente de Salud

Policía Nacional – Estación Usme

Cuerpo de Bomberos

Agrupaciones participantes, talleristas, sabedores, líderes juveniles, cocineras, anfitriones y voluntarios.

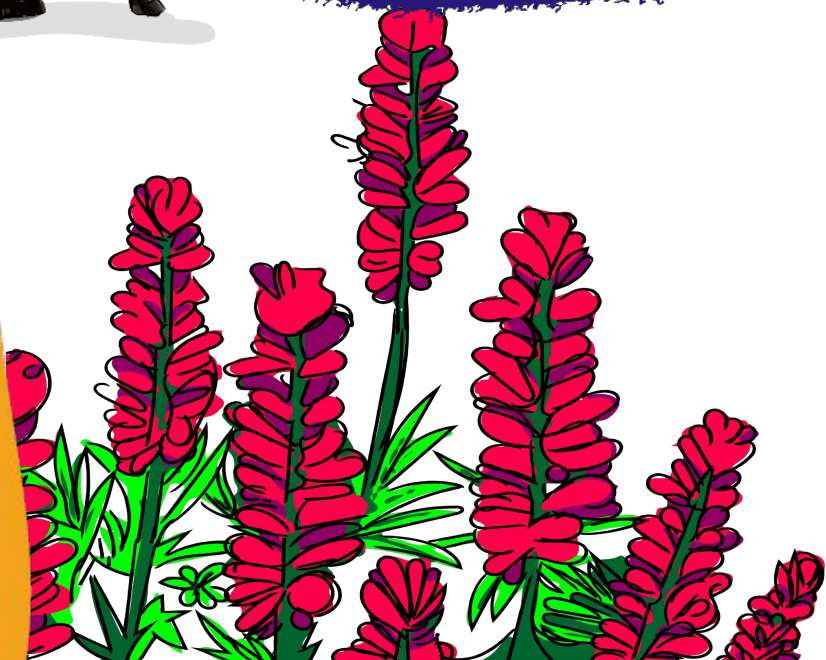
A cada persona que confió, acompañó y soñó esta convención:

¡Gracias por caminar alto con nosotros!

Cultura
BOGOTÁ

AQUÍ
SÍ PASA
BOGOTÁ
MI CIUDAD
MI CASA

SEGUNDA
CONVENCIÓN
JUVENIL
ZANQUERA
Y DE LAS ARTES POPULARES
EN USME
DEL 13 AL 23 DE JUNIO 2025



MÁS
CULTURA
LOCAL
Usme

Esta publicación es producida con el apoyo del programa **Más Cultura Local** una alianza estratégica de la Secretaría Distrital de Gobierno, La Secretaría de Cultura, el Instituto Distrital de las Artes – Idartes, la Fundación Gilberto Alzate Avendaño - FUGA y la Alcaldía Local de Usme.



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.

BOGOTÁ